

Fukuyama, Francis:
***El liberalismo y sus desencantados. Cómo defender
y salvaguardar nuestras democracias liberales***
Deusto, Barcelona, 2022, 173 pp.

Fecha de recepción: 05/10/2022

Fecha de aceptación: 11/10/2022

El que quizás sea uno de los politólogos más influyentes del mundo, Francis Fukuyama, ha dado una obra a imprenta capital para comprender qué vientos soplan en las democracias occidentales, dónde se encuentran las marejadas, y cómo sobreponernos a los terremotos que producen los movimientos de placas tectónicas en el espectro político.

El opúsculo se divide en diez capítulos, precedidos de una introducción, donde nuestro autor nos informa de que estamos ante un libro que apuesta por una decidida defensa del liberalismo clásico o también llamado “humano”. Entiende que estamos ante una ideología que se encuentra seriamente amenazada en todo el mundo (p. 9), especialmente a la luz de lo acontecido en tiempos recientes en países como EEUU, Hungría, Polonia, Brasil o Turquía, dominados por líderes populistas cuando no extremistas que estarían aguijoneando, con sus políticas iliberales, el sustento y sustento de las democracias liberales donde se han hecho fuertes. Fukuyama deja claro un aspecto que sobrevuela toda la obra (quizá porque cree que puede convencer a los iliberales). No es tanto que populistas de derechas y progresistas de izquierda odien el liberalismo: es que están descontentos por la manera en que este ha evolucionado en el último par de generaciones (p. 11).

A partir de tales presupuestos, el politólogo desarrolla sus principales ideas y argumentos en torno a diez capítulos.

El capítulo uno lo dedica a definir qué es liberalismo y cuáles son las tres principales razones que lo llevaron a erigirse en la idea central de los sistemas políticos occidentales surgidos de (y a partir de) las cenizas de la II Guerra Mundial. La doctrina liberal se basa en el individualismo (primacía moral de

* Profesor contratado doctor de Derecho Constitucional (UCM). <https://orcid.org/0000-0001-6873-7269>.

la persona), el igualitarismo (todos los hombres tienen el mismo estatus moral), universalista (unidad moral de la especie humana) y meliorista (cualquier institución social o política puede mejorar).

Los atractivos del liberalismo se cifrarían en tres razones que lo justifican. Por un lado, es una idea sumamente pragmática porque consigue unir lo que de otra manera no podría estarlo. Por otro, protege la dignidad humana ante todo. Y, además, estamos ante una ideología que propicia el crecimiento económico, la mejora y el bienestar de inmensas capas poblacionales.

El capítulo dos y el capítulo tres estudian cómo el liberalismo económico evolucionó hasta transformarse en el llamado neoliberalismo, lo cual acabó por producir un desencanto frente al sistema capitalista en su conjunto. La operación consistía en señalar que el liberalismo se había visto abocado a ser un sistema opresor, rapaz y explotador: ha mutado en neoliberalismo, término que suele emplearse de forma peyorativa como sinónimo de capitalismo. En EEUU, neoliberalismo era no pocas veces sinónimo de libertarismo. A través de un examen histórico donde se relatan las principales vicisitudes de los años sesenta, setenta y ochenta, Fukuyama llega a la convicción de que “los ingresos agregados eran mayores que nunca, pero la desigualdad entre países había aumentado enormemente” (p. 44).

Los problemas que planteaban las políticas neoliberales no sólo se dejaron sentir en los espectros económico y político sino que alcanzaron a los seres humanos en tanto que individuos: el *gen egoísta*, por emplear la famosa expresión de Dawkins, especialmente en lo que hacía al derecho de propiedad privada. De nuevo, a través de una reflexión profunda y que abarca diversos periodos históricos y nombres famosos (Hayek, Mises y compañía), para llegar a la conclusión de que no es que la escuela neoliberal enunciara premisas falsas, es que eran incompletas y, con frecuencia, históricamente contingentes (p. 61).

Los capítulos cuatro y cinco se dedican al principio liberal de la autonomía personal (nosotros diríamos autonomía de la voluntad), y a argumentar cómo su desarrollo tuvo que hacer frente tanto a una acerada crítica contra el individualismo exacerbado como a la demolición teórica de su presunto universalismo. No obstante, el paradigma sobre el cual han gravitado tanto las tesis de sus próceres como de sus críticos ha sido más el liberalismo rawlsiano y su *Teoría de la Justicia* que el derecho natural de autores como Locke.

Fukuyama pone el dedo en la llaga: “el tipo de liberalismo que pretende a toda costa ser implacablemente neutral en lo que respecta a los valores acaba fracasando y volviéndose contra sí mismo al cuestionar el valor del propio liberalismo, y se convierte en algo que no es liberal” (p. 78).

Es así como llega a examinar las políticas identitarias en el marco de las democracias liberales. Tal y como dijo en su libro inmediatamente anterior, *Identidad*, lo que parecía que era intentar cumplir la promesa del liberalismo para colectivos tradicionalmente preteridos ahora se ha convertido, en estos tiempos que nos toca vivir, en algo por encima de sus posibilidades, en “eso”

que la sociedad liberal no ha conseguido estar a la altura (p. 80). Llegó Marcuse con su tolerancia represiva y levantó el velo para muchos que deseaban ser convencidos por los nuevos chamanes intelectuales: la libertad era imposible salvo que se creara una sociedad radicalmente diferente a la que existía. Movimientos anticapitalistas, feministas, raciales y diversos sexo-genéricos (las *teorías críticas*) blandieron diatribas de diverso pelaje contra el sistema liberal. Pasaron de querer formar parte del proyecto liberal a intentar dinamitarlo. A lo peor no querían lo primero, vista la evolución del asunto.

El capítulo seis hace referencia a la crítica que se hace desde sectores de la izquierda progresista contra la ciencia moderna, conducta esta que se extendió rápidamente a la derecha populista. El mapa cognitivo del liberalismo es la ciencia moderna, la racionalidad, el criterio científico. Pero las teorías críticas ahora pretenden argüir, dicho lisa y llanamente, que nada es verdad y todo es posible (p. 99 y ss.). Nadie tiene la última palabra y el conocimiento debe basarse en pruebas. Estas dos premisas eran el edificio conceptual liberal clásico. El método científico se empleó desde atalayas liberales para atacar y desmontar minaretes religiosos. “La Ilustración liberal se consideraba a sí misma como la victoria de la razón humana sobre la superstición y el oscurantismo” (p. 101).

Llegaron las tesis de Saussure (no es lo mismo significado que significante: las palabras no designan necesariamente una realidad objetiva más allá de la conciencia del hablante) y, con ellas, la escuela posmoderna de los Lacan, Barthes y Derridá, proponiendo la deconstrucción de todo lo previamente construido. También de la mano de Nietzsche (no hay hechos, sólo interpretaciones) y, huelga decirlo, con la maestría del abyecto de Foucault, los pensadores “críticos” pretendían demoler el sustrato liberal. Y esto, que siempre se nos vendió como un proyecto de izquierdas, ha virado también a la margen derecha del espectro político, según Fukuyama, sobre todo en torno a esos “grupos nacionalistas blancos que se consideran a sí mismos miembros de un grupo identitario acosado” (p. 109).

El capítulo siete relata cómo la tecnología moderna está socavando la libertad de expresión en determinados aspectos. Las principales concreciones de dicha amenaza tienen que ver con tres factores. El primero es el gobierno autoritario, ese gobierno del que el liberalismo siempre desconfía y con el que tiene duras querellas en su encarnación estatal. La segunda es el control privado de los medios de comunicación tradicionales, con personajes como Silvio Berlusconi a la cabeza. La tercera es la sobreabundancia y sobreexposición a Internet y al inmanejable y abrumador nivel de información que produce. Fukuyama no se separa aquí de las principales venturas del liberalismo clásico: para que este funcione necesitamos dosis imprescindibles de privacidad. Para eso no podemos ni debemos ser “transparentes” al cien por cien, como tampoco debemos dar pábulo a esos mundos de fantasía paralelos que Internet ofrece, poblados por personas que acaban creyendo que es legítimo ver en la campaña de vacunación contra la

COVID-19 un plan político diseñado y orquestado por una suerte de *Deep State* o donde los unicornios de la justicia social esparcen sus carantoñas a diestro y siniestro.

El capítulo ocho es uno de los más jugosos, pues aspira a explicar de qué manera podrían determinados postulados de derecha e izquierda conformar una auténtica alternativa, real, al liberalismo. Expone con profusión la crítica que se hace al sistema demoliberal tanto desde un lado como desde el otro, con planteamientos críticos tanto materiales como procedimentales, para acabar diciendo que no hay disyuntiva como tal porque “ninguno plantea una alternativa realista al liberalismo clásico, pero ambos han sido capaces de socavar los ideales liberales y desacreditar a quienes tratan de reivindicarlos” (p. 142).

El capítulo nueve aborda las cuestiones relativas al nacionalismo y su encaje, desde el prisma de la identidad nacional respecto del principio liberal. Francis Fukuyama se interroga sobre cómo puede conciliarse la reivindicación del universalismo con la división del mundo en Estados nación. Y él propone que, en puridad, no se vea a ambos polos como contradictorios: sólo en el marco estatal, nos viene a decir, tiene sentido que podamos ejercer nuestros derechos pues es dentro de jurisdicciones territoriales limitadas donde el Estado tiene el monopolio legítimo de la fuerza y puede (aunque suene raro) imponer que se respeten nuestros derechos.

Las naciones son, además, “fuente singular de comunidad” (p. 146), pero no debemos caer en la tentación no ya de atribuirles derechos como tal, pues no los pueden tener por definición, sino de construir en torno a la identidad nacional el proyecto demoliberal del siglo XXI, sobre todo si se basa en rasgos inmutables como la raza, la etnia o la religión: tal cosa contraviene el principio liberal de igual dignidad.

Finalmente, el capítulo diez expone con claridad y recorrido qué principios generales son moneda corriente en la recuperación de la fe en el liberalismo clásico. Para Fukuyama estos son los que siguen. En primer lugar, el liberal debe aceptar que el Estado y el gobierno son necesarios y superar la tentación neoliberal. En segundo lugar, tomarse en serio el federalismo y transferir el poder a los niveles inferiores de gobierno competentes. Nuestro autor tiene sobre todo en mente lo que hicieron los Estados por abolir las leyes *Jim Crow*. En tercer lugar, debemos proteger la libertad de expresión de todas las amenazas habidas y por haber, especialmente en lo que hace a la esfera de privacidad necesaria para que uno pueda hacer su vida realmente en libertad. En cuarto lugar, otorgar primacía a las personas a y sus derechos individuales frente a los grupos culturales a los que pertenecen, pues nunca están plenamente definidas por dicha pertenencia y siempre continúan ejerciendo su libérrima voluntad individual. En quinto lugar, Fukuyama propone asumir que la autonomía humana no es ilimitada, pues no solo a ella interpela el hecho de que podamos tener una vida buena. Y finalmente recuerda a los clásicos griegos, para apostar por dos virtudes tanto a nivel individual

como a nivel social o político: nada en exceso y templanza. Moderación y apertura. Como expone magistralmente el propio Fukuyama: “a veces la realización surge de la aceptación de límites” (p. 167).

Realizado el pertinente repaso por las principales líneas argumentales de los asuntos tratados, desde estas líneas querríamos romper una lanza a favor del politólogo norteamericano y animar al lector a que se asome a un libro bien escrito, motivado y sólido acerca de por qué debemos seguir siendo, si es que queremos seguir siéndolo, liberales.